

UN ALMA PARA EUROPA.

ROBERT SCHUMAN, 1886-1963*

Cardenal Paul Poupard

Resumen: Ante el llamado de Juan Pablo II a proponer de nuevo la santidad como reto de la historia, se presenta en este artículo –transcripción de una conferencia de Cuaresma en Notre-Dame de París– el testimonio de Robert Schuman, padre de Europa, y ejemplo vivo de que la política puede ser un camino de santidad.

Su propuesta, “un alma para Europa”, consiste en construir una nueva sociedad que sea una comunidad generosa de hombres y mujeres libres, fraternales y responsables de otros pueblos menos favorecidos.

Su vida es un ejemplo para los laicos del nuevo milenio y su herencia, un mensaje de esperanza en las circunstancias actuales, en que se hace necesario insistir en las propuestas fundamentales del humanismo cristiano: la dignidad de la persona, la justicia y la libertad, el valor del trabajo, el amor a la familia, la tolerancia y el deseo de paz.

Palabras clave: R. Schuman, Europa, política, santidad, laicado.

Abstract: This article is an answer to John Paul II's call to propose again sanctity as a historical challenge. It is the transcription of a Lent convention at Notre-Dame in Paris, dealing with the testimony of Robert Schuman, Europe's priest and living example of how politics can be a way to sanctity.

His proposal, “a soul to Europe”, encourages the building of a society which would be a generous community made up of free men and free women, cooperative with and responsible for other less favoured countries.

His life is an example for new millennium laic people and their heritage, a message of hope in the present circumstances, when it is necessary to insist on the Christian humanism's fundamental proposals: people's dignity, justice and liberty, the value of work, love to the family, tolerance and peace desire.

Key Words: R. Schuman, Europe, politics, sanctity, laicism.

Résumé: Face à l'objectif de Jean Paul II se proposant la sainteté comme défi à l'histoire, l'article suivant - transcription d'une conférence à l'occasion de la célébration du Carême à Notre-Dame de Paris - expose le témoignage de Robert Schuman, père de l'Europe, et exemple vivant que la politique peut être un chemin de sainteté.

Sa proposition, «une âme pour l'Europe», consiste à construire une société nouvelle qui soit une communauté généreuse constituée d'hommes et de femmes libres, fraternels et responsables d'autres peuples moins favorisés.

Sa vie est un exemple pour les laïques du nouveau millénaire et son héritage, un message d'espoir dans les circonstances actuelles, met l'accent sur les propositions fondamentales de l'humanisme chrétien : la dignité de la personne, la justice et la liberté, la valeur du travail, l'amour de la famille, la tolérance et le désir de paix.

Mots clef: R Schuman, l'Europe, politique, sainteté, laïcité.

* Conferencias de Cuaresma 2003 en la catedral Nuestra Señora de París. La santidad como reto de la historia. Retrato de seis testigos para el tercer milenio, por Su Eminencia, cardenal Paul Poupard, Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura. Primer domingo de Cuaresma 9 de marzo de 2003.

Señor Cardenal:

Usted me ha llamado a esta nave de luz anclada en el Sena, en el corazón de París, para dar, a continuación ilustres predecesores, las conferencias de Cuaresma de este año de indulto del Señor, 2003. Le expreso mi más profunda gratitud por este gesto de confianza que me honra particularmente. Voy a esforzarme en responder siguiendo la inspiración que usted me ha propuesto:

La santidad como reto de la historia.

Retrato de seis testigos para el tercer milenio.

Estamos así en profunda sintonía con el papa Juan Pablo II, quien, al día siguiente del Gran Jubileo del año 2000, ha recordado a toda la Iglesia "el llamado universal a la santidad" lanzado por el Concilio Vaticano II.

Es tiempo de proponer de nuevo a todos, con convicción, este "alto grado" de la vida cristiana ordinaria [...] la perspectiva en la cual debe encauzarse todo el camino pastoral es el de la santidad¹.

También he escogido a propósito estos testigos tan diferentes como es posible, mujeres y hombres de diversas razas y culturas, formaciones humanas y actividades profesionales, estados de vida y edades. En este comienzo incierto del nuevo milenio, estos testigos de fe, por su diversidad, testimonian a lo largo de toda su vida que Cristo está siempre vivo en su Iglesia en el corazón del mundo. Por medio de sus discípulos, Él habla a nuestras inteligencias y a nuestros corazones y a nuestras sensibilidades y a nuestras voluntades, Él transforma por el poder de su amor salvador. Escuchémoslo a través de ellos, para seguirlo nosotros también.

Robert Schuman: Padre de Europa, nos invita a dar un alma a esta Europa y nos muestra que la política misma puede abrir un camino de santidad.

Madre Teresa: Pequeña mujer débil y frágil, irradia con fuerza el amor de Cristo al lado de los

pobres y de los abandonados de Calcuta, en el corazón de Asia y nos invita también a socorrer y a amar a los pobres de nuestras ciudades más ricas.

Maurice Blondel: El filósofo de Aix-en-Provence nos hace la pregunta decisiva en el corazón de la modernidad: "¿sí o no tiene la vida humana sentido?"

Giussepina Bakhita: La africana, "nuestra pequeña madre negra", librada de su destino trágico de esclava en Sudán, lleva la fuerza liberadora del mensaje de Cristo a nuestras almas ávidas de felicidad y ebrias de libertad.

Pier Giorgio Frassati: Joven moderno, lleno de vida, deportista consumado, alpinista experimentado, amigo generoso de los pobres, fulminado por la poliomielitis a los veinticuatro años, desborda de alegría en Cristo.

El buen papa Juan XXIII: Antiguo nuncio apostólico en el París de la pos-guerra, hombre de unidad (de la Bulgaria ortodoxa a la Turquía musulmana), valiente artesano de la paz entre Jrúschet y Kennedy, Papa del Concilio Vaticano II, la Iglesia se beneficia de su gracia como de una brújula confiable para orientarnos en el camino del milenio que comienza, como le agrada repetirlo a su actual sucesor, el papa Juan Pablo II.

Cristo nos habla a través de estos testimonios, a través de jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, de la política y de la universidad, de la luz, de la inteligencia y del fuego del amor tanto por los pobres, los más abandonados, como por los intelectuales más refinados, los políticos más experimentados y los parroquianos más comunes. Que el Señor, en nuestro ascenso hacia la Pascua, nos deje escucharlos en la verdad y poner su mensaje en práctica, con la alegría de saber que somos amados por Dios y llamados nosotros también a vivir en Su amor para compartirlo generosamente.

¹ *Novo millennio ineunte*, 6 de enero 2001, 30-31.

Robert Schuman: Dar un alma a Europa²

En esta galería de seis testimonios para el tercer milenio es un político, el padre de Europa, quien abre el camino.

Discutimos, en efecto, de Europa. Soportamos las supuestas ventajas, las esperanzas inciertas, los caminos molestos. Un hombre, un cristiano, un lorenés, elegido diputado de la Moselle francesa en 1919 y sin cesar reelegido entre las dos guerras, subsecretario de Estado con el general De Gaulle en la presidencia del consejo de ministros en mayo de 1940, dimisionario en julio en Vichy, primer parlamentario francés hecho prisionero por la gestapo nazi en Metz, en 1940; hecho luego prisionero en su residencia en el Palatinat, de donde se evade valientemente dos años más tarde y pasa tres años en clandestinidad hasta la liberación de Francia. Ministro de Finanzas, Presidente del Consejo de Ministros en 1947 y 1948 y, sin interrupción, Ministro de Relaciones Exteriores en los gobiernos que se suceden a un ritmo desenfrenado en la IV República, de 1948 a 1953, tiene la osadía de abrir para Europa un futuro de paz al día siguiente de una sangrienta guerra. Era el 9 de mayo de 1950. En una declaración histórica inspirada por Jean Monnet y acordada inmediatamente con sus homólogos Konrad Adenauer y Alcide Gasperi, el ministro lanza el plan Schuman de puesta en común del carbón y del acero, matriz de la Comunidad Europea, para reunir a los hermanos enemigos que se han destrozado desde hace mucho tiempo por la guerra, en la construcción de una Europa unida en la paz, la libertad y la prosperidad.

Este lorenés había nacido en Luxemburgo. (Recuerdo mi visita de no hace mucho a su tranquila casa natal de una pequeña ciudad, entonces provinciana en la plataforma de Europa). Su padre, lorenés, a través de quien queda ligado a Francia, había emigrado después de la guerra de 1870 al país de su esposa luxemburguesa. Francés de corazón desde su infancia, la escuela luxemburguesa bilingüe lo inicia

y lo forma en la incomparable riqueza de una doble cultura: francesa y alemana. De una guerra a la otra, él mide la locura de las confrontaciones mortales, la espiral sin final de la violencia ciega y de la violencia inexplicable. En este momento trágico en la que Europa se transformó en un triste campo de ruinas, cubierto de muertos, este cristiano, rebosado de pruebas, golpeado de indignidad nacional por haber pertenecido al gobierno del mariscal Petain, donde nunca ocupó una curul, tiene la posibilidad de ser elegido con la intervención personal del general De Gaulle; reelegido diputado, ministro, Primer Ministro, firma el plan Marshall en 1948 y, en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, con audacia, transforma en pacífico instrumento de reconciliación el carbón y el acero mortíferos de las protestas centenarias franco-alemanas. Es la famosa declaración del Quai d'Orsay: "La paz mundial no se alcanzará sin los esfuerzos creadores a la medida de los peligros que la amenazan [...], la unión de las naciones europeas exige que la oposición centenaria entre Francia y Alemania sea eliminada". Utopía insensata para unos, sueño loco para otros, es hoy un hecho consumado, de un beneficio incomparable para las generaciones futuras. Se lo debemos a este político excepcional, gran hombre de Estado y gran cristiano.

TESTIMONIO DE ANDRÉ PHILIP

Escuchemos este testimonio de André Philip, de confesión protestante, quien fue diputado socialista y Ministro de Finanzas y Economía:

Yo conocí a Robert Schuman durante quince años en el Parlamento, en el gobierno, después en el Movimiento Europeo.

Lo que más me impactó de él era el resplandor de su vida interior. Estábamos delante de un hombre consagrado, sin deseos personales, sin ambición, de una total sinceridad y humildad intelectual, que no buscaba solamente servir, aquí y en el momento donde se sentía llamado. Por tradición era conservador, renuente a las innovaciones; por temperamento era pacífico, tímido e indeciso. A menudo anduvo con rodeos, retardó la decisión, trató de disimular el llamado que se hacía oír desde el fondo de su conciencia; después, cuando no había nada que hacer, cuando estaba seguro de lo que exigía de él su voz interior, tomaba bruscamente las iniciativas más atrevidas y las llevaba hasta el final, insensible a las críticas, a los ataques, a las amenazas.

2 Esta conferencia toma su título y tiene su origen en el bonito libro que René Lejeune me dedicó en la morada de Robert Schuman en Sey-Chazelles el 1 de mayo de 1993: *Robert Schuman, un alma para Europa*, Saint-Paul, 1986. Le agradezco infinitamente. Igualmente por estas nuevas obras: *Robert Schuman, padre de Europa, 1886-1993*, y *La política, camino de santidad*, Fayard, 2000. Los textos de Robert Schuman son tomados de sus *Escritos políticos. Para Europa*, tercera edición, prólogo de Jacques Delors, Ginebra, Angel, 2000.

En la atmósfera afiebrada de los debates parlamentarios, era refrescante escuchar a un hombre siempre listo a entablar el diálogo, buscando persuadir, teniendo en cuenta las críticas siempre con la misma calma y la misma cortesía. Para alcanzar su objetivo, nunca empleó un medio vulgar, exagerando el peso de un argumento ni alzando la voz...

Pero, sobre todo, quedará en la memoria de los que lo conocieron como el tipo del verdadero demócrata, imaginativo y creador, combativo en su dulzura, siempre respetuoso del hombre fiel a una vocación íntima que daba el sentido a la vida.

Publicando este testimonio, su colaborador René Lejeune lo acompaña de este comentario:

El testimonio de André Philip es creíble. La visión que da de él va más allá de las apariencias; él capta lo esencial. Descubre a "un hombre consagrado", guiado por una "voz interior". Y que solamente busca "ayudar". Tres palabras claves de la vida y de la obra de ese modelo del político. En efecto, sobre los pasos de Robert Schuman, la santidad de la política se manifiesta, no solamente por la habilidad y el *savoir-faire*, sino también en la consagración de un ser que se ha abandonado a Dios, de quién sabe que es un instrumento³.

LA POLÍTICA, CAMINO DE SANTIDAD

¡Y qué camino se ha recorrido desde esta iniciativa histórica, en este medio siglo que por primera vez, bajo el impulso decisivo de Robert Schuman, ve a los hermanos enemigos reconciliados, Francia y Alemania, transformarse en el centro de un conjunto pacífico de pueblos decididos a construir juntos un futuro común! Robert Schuman, en plena inestabilidad política, logra su hazaña de tomar una decisión histórica que cambia durablemente, irresistiblemente, el curso de la historia, sobrepasa los antagonismos centenarios y construye un futuro común de prosperidad y de paz. Este cristiano siguió el camino del compromiso político, que es, para el cristiano, un campo privilegiado por el ejercicio exigente y apasionante de la caridad de los discípulos de Cristo al servicio del bien común, en el corazón de la ciudad de los hombres. Este camino fue, para Robert Schuman, el camino de la santidad.

A un gran papa, en tiempos de Robert Schuman, el papa Pío XI, no le importaba afirmar, en la hora trágica de la llegada de la peste roja y de la peste negra a Europa: "El campo de la política, que concierne los intereses de toda la sociedad, es el campo más amplio de la caridad, de la caridad política, de la cual uno puede decir que ningún otro es superior, excepto el de la religión⁴. Situado en la articulación del presente y de lo posible, en ese punto de paso difícil donde el proyecto para mañana puede ser realizable, es lo propio, y la grandeza, de la acción política volver hoy posible lo necesario para el futuro pacífico de los pueblos en el seno de la gran comunidad de los hombres. Inspirado por su fe cristiana y alimentado de la experiencia de una longevidad parlamentaria excepcional, Robert Schuman supo encarnar, en el corazón de las contingencias políticas su ideal evangélico al servicio de los hombres. Cómo esta empresa, se cuestionaba entonces la Semana de los Intelectuales Católicos en París, "a partir de esta base económica y jurídica, alcanzará las formas de la política y de la moral, penetrará la cultura, nadie lo puede decir. De lo que no hay que dudar es de que el alma de Europa esperaba ese cuerpo engrandecido que son las comunidades" (François Fontaine).

UN ALMA PARA EUROPA

El mismo cuaderno de *Recherches et Débats* se termina por una notable toma de posición del presidente Robert Schuman que tuve el deseo de recordar cuando el premio Robert Schuman por Europa me fue entregado en Estrasburgo el 23 de noviembre de 1988. Medio siglo después, permítanme restituirlo en nuestras memorias amnésicas:

Hablo creyendo en los creyentes [...] nuestras democracias contemporáneas desarrollan en nosotros el sentido de la responsabilidad personal. Es la consecuencia feliz y lo contrario de todo régimen basado en la libertad. Pero el coraje cívico, individual o colectivo en el seno de una asamblea no está siempre a la medida de esta responsabilidad [...] Lo que importa es darnos cuenta de que Europa no sabría limitarse a la larga a una estructura puramente económica. Es necesario que se convierta también en una salvación por todo lo que hace la grandeza de nuestra civilización.

3 ROBERT SCHUMAN, *padre de Europa*, pp. 9-10.

4 Pío XI, "Discurso del 18 de diciembre de 1927 en la Federación Universitaria Católica Italiana".

zación cristiana: dignidad de la persona humana, libertad y responsabilidad de la iniciativa individual y colectiva, expansión (regocijo) de todas las energías morales de nuestros pueblos.

Tal misión cultural será el complemento indispensable y el término de una Europa que hasta ahora ha estado basada en la cooperación económica. *Ella le conferirá un alma, una nobleza espiritual y una verdadera conciencia común.* No es necesario que tengamos de la futura Europa una concepción mezquina, confinándose a preocupaciones materiales, si queremos que resista al asalto de las coaliciones racistas y de los fanatismos de todos los géneros. Europa, después del descrédito que se hizo en otras partes del mundo, deberá estar en condiciones de retomar de nuevo su rol de educadora desinteresada, particularmente de los pueblos que acaban de encontrar la libertad.

La ayuda a los países en desarrollo será así la gran tarea a la cual deberán asociarse todos aquellos que tienen el privilegio de estar más avanzados que los otros. La humanidad de mañana será lo que hayamos sabido hacer. Si nos preocupáramos por equiparlos económicamente y militarmente, sin darles al mismo tiempo esa armadura moral, sin darles también el ejemplo de un comportamiento basado en principios espirituales, habríamos hecho una obra no solamente vana sino también peligrosa. Los habríamos apartado de sus antiguas creencias tradicionales, sin procurarles un ideal nuevo, complemento y contrapeso del progreso técnico [...] para con ellos, nosotros tenemos una verdadera carga de alma. No cumpliríamos de ningún modo nuestro deber limitando nuestra acción a la construcción de carreteras y fábricas, de escuelas y de dispensarios, si les aportáramos autonomía o inclusive independencia, sin haberles enseñado el uso que hay que tener, sin haberlos prevenido contra los abusos que pueden cometer. Es necesario que la emancipación se acompañe de una educación tanto moral como técnica, sin la cual se corre el riesgo de producir lamentables recaídas en la anarquía y la barbarie [...] *Y es todavía una tarea específicamente europea*⁵.

Tal es el mensaje que nos deja el cristiano Robert Schuman: nos toca construir a Europa no como un archipiélago de prosperidad egoísta, cerrado sobre sí mismo en medio de un océano de miseria, sino como una comunidad generosa de hombres y de mujeres libres, fraternales y responsables de otros pueblos menos favorecidos. Hay que darle un alma. "Esta unidad -afirmaba él-, no podrá ni deberá ser una empresa económica y técnica: necesita un alma. Europa no vivirá y no se salvará en la medida en que

tenga conciencia de misma y de sus responsabilidades, a donde ella regresará con los principios cristianos de solidaridad y de fraternidad".

UN CRISTIANO COMPROMETIDO CON LA POLÍTICA

El hombre que habla es un político experimentado que toma de su educación cristiana un gran ideal de servicio, alimentado de convicciones profundas, bañado en la súplica de la adoración eucarística. Decisivos han sido sus primeros años, marcados por un padre estricto, hombre justo y honesto en el sentido bíblico del término y, sobre todo, por una madre incomparable que vive su fe cristiana como respira, todo naturalmente en pensamientos y en actos, y la transmite como por ósmosis a su hijo. Hasta la muerte trágica de Eugenia Schuman a los 47 años en un dramático accidente de carretera donde ella se rompe la columna vertebral, el niño, el adolescente, el joven, crece con su ejemplo en una intimidad tranquila, animada por una fe profunda. En compañía de su madre van por la mañana a misa diaria a tomar la luz y la fuerza recibiendo a Cristo eucarístico. Con ella él celebra el mes de María en la benignidad primaveral de Luxemburgo. Él la acompaña en peregrinación a Lourdes, la ciudad mariana, y a Roma. En la ciudad donde por siempre quedará marcada por el martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, sede del ministerio del Papa, él oye con emoción y gratitud beatificar a Juana de Arco, símbolo de la patria perdida que busca encontrarse.

Siendo lorenés su padre, Robert Schuman es, de nacimiento, ciudadano alemán, en virtud del tratado de Francfort, que anexó Alsacia a la Lorena moselana después de la desastrosa guerra de 1870. Pero nace en Luxemburgo, país independiente, en una familia formada de patriotismo francés. En la Athénée de Luxemburgo, en un ambiente germanófilo, los estudios se realizan en francés, todos ellos impregnados de humanismo clásico y de valores cristianos. Apasionado por las matemáticas, el adolescente se prepara sin saberlo para asumir más tarde como ministro las complejas finanzas de un Estado moderno. La historia es también su disciplina favo-

5 SCHUMAN, ROBERT, "¿Es muy tarde para construir Europa?", en *Que Europa? Recherches et Débats*, 22, Paris, Fayard, 1958, p. 227 y 230-231, citado por POUPARD, PAUL, *La herencia cristiana de la cultura europea en la conciencia de los contemporáneos*, Lausanne, Fundación Jean Monnet para Europa, Centro de investigaciones europeas, 1986, pp. 14-16.

rita y le permite distinguir el enredo ruinoso de las invasiones, de los desmembramientos y de las anexionaciones entre países vecinos y enemigos, medir sus consecuencias trágicas y desear ardientemente su fin. Este estudiante sin igual no dejará de estudiar en toda su vida la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino en latín, ni de tomar de éste la profundidad del pensamiento y la claridad de la expresión. A la frecuentación de los clásicos franceses se agregarán pronto el dominio del alemán, asimilado en las universidades de Bonn, Munich, Berlín y Estrasburgo, el descubrimiento del romanticismo de la nación de Goethe y de Schiller, y el gusto por la lectura y la música, heredado de su madre.

Ésta le transmite, al mismo tiempo con una fe sólida y limpia, una inalterable conciencia moral en la que las exigencias de la política, a través de los meandros tortuosos de las vías políticas, no podrán jamás hacer mella. Como su contemporánea, la pequeña normanda Teresa de Lisieux, quien detestaba "la mentira", Robert Schuman considera la mentira un horror, y su camino, desde su más tierna edad, es el de la rectitud. A un compañero que copia en un examen no tiene miedo de decirle: "No puedo impedirte, pero tienes que saber que es un pecado". Parlamentario y ministro, las maquinaciones tenebrosas, como las combinaciones interesadas, le son totalmente ajenas. A un joven colaborador que se sorprende cándidamente le responde firmemente: "Actuar con rectitud es la mejor manera de ser hábil". Y Dios sabe si Robert Schuman no cesó de ser hábil. Podríamos aplicarle también el proverbio portugués según el cual "Dios escribe derecho con líneas curvas". Como lo anota su biógrafo, para lograr su proyecto capital en un contexto político tortuoso, fue capaz de ser astuto y disimular la insignificancia en el consejo de ministros. Sin astucia no se habría llegado a la declaración capital que le dio nacimiento a la Europa comunitaria. Robert Schuman desplegó una estrategia hecha de meandros y de desvíos, pero sin jamás utilizar la mentira. "No se debe jamás mentir, ni siquiera en política", decía. Tal es el camino exigente y fecundo que nos abre.

Honesto toda su vida de abogado y de parlamentario, de ministro y de jefe de gobierno, Robert Schuman será fiel a este ideal de hombre y de cristiano. Su obra de legista es considerable en la reinte-

gración legislativa de provincias cubiertas, después de la primera guerra mundial con el problema constante de asegurar la transmisión de su incomparable patrimonio cultural y de preservar su alma cristiana. Al término del segundo conflicto mundial que no lo relegó, ya que se aproximaba a los sesenta años, Robert Schuman habría podido legítimamente, dejar a la joven generación tomar el relevo y pensionarse como se lo merecía, aprovechando los pasatiempos favoritos en la paz solitaria de Sey-Chazelles, de donde contemplaba su Meuze adormecida: el estudio, la lectura, la meditación. Pero su elevado sentido del deber aleja esta tentación de repliegue egoísta en la facilidad: "*La vida sin responsabilidades políticas es ciertamente más fácil, sobre todo en el desconcierto actual. Pero nadie tiene el derecho de escaparse hoy menos que nunca*—escribió en julio de 1945—. *Para esto me pongo a disposición de la Providencia*". Y es la Providencia quien va a conducirlo, a través de las imprevisibles vueltas de la vida política, a asumir responsabilidades cada vez más pesadas sin jamás extraviarse de su sentido agudo del deber asumido como cristiano.

Este sorprendente Ministro de Finanzas a quien los parisinos, sorprendidos, podían identificar fácilmente gracias a su cabeza reluciente, abandonaba plácidamente el Palacio de Louvre en la mañana, su devocionario bajo el brazo, para asistir como buen cristiano a la misa cotidiana en la iglesia de Saint-Germain-de-L-Auxerrois, y hundirse en la oración en la capilla de la virgen: "Oh santa Madre, en tu alumbramiento diste luz a un rey que gobierna el cielo y la tierra por los siglos de los siglos." A decir verdad, el "monje ministro", como se le decía en broma, tenía a la vez el desapego que le permitía capotear las intrigas políticas y la tranquila serenidad de cumplir con su austero deber de dirigir como buen padre de familia las finanzas de la nación sin jamás preocuparse de una popularidad que no medían todavía nuestras obsesivas encuestas multiplicadas en exceso.

"Robert Schuman, o la discreción en el poder", titulaba un periódico parisino

En nuestras cinco repúblicas, ningún ministro no ha menos halagado a sus electores ni menos seguido los conformismos. Ninguno ha menospreciado ni desafiado la impopularidad. Él supo inclusive "ser firme entre dos locuras: una, creer que lo puede todo; otra, creer que no puede

nada" [...] Militante de fe cristiana, combinaba las cualidades más raras de discreción, de autoridad, de pudor. Era al servicio del Estado que él dedicaba su existencia, y no al servicio de una doctrina o de un partido. En conclusión, lo contrario de un demagogo ¿No fue él quien —en las peores jornadas de las huelgas revolucionarias de noviembre de 1947— supo neutralizar el pusilánime derrotismo de sus ministros y corregir una situación insurreccional?

Y no es por Francia, por Francia sola, que Schuman quiso construir Europa. Es por Europa y por el mundo⁶.

PARADOJA EVANGÉLICA

Es en un monje obispo que tendrá que convertirse este monje ministro recordado hace un instante. En 1901, en un contexto político particularmente tenso, el antiguo orador de la abadía de Beuron, convertido en abad de Maria-Laach, la célebre abadía benedictina, fuente de la renovación litúrgica, es escogido como obispo de Metz y va a hacerse lorenés entre los loreneses por amor de Cristo. Robert Schuman lo encuentra poco después de su llegada a Metz en 1912. Y el monje obispo orienta al joven abogado en quien descubre un alma de apóstol y quien responde admirablemente a su deseo de llenar el programa repetido sin cansancio por su santa madre: "Hay que pasar la vida haciendo el bien a los demás". Monseñor Willibrod Beuzler va a confiar la presidencia de la Federación Diocesana de los Grupos de Juventud, encargada de "*expandir entre los jóvenes un verdadero espíritu cristiano*", a Robert Schuman. Este joven estudiante en Bonn ya en 1904 se había adherido a la corporación de estudiantes católicos Unitas, que encuentra en seguida en Munich y que va a crear en Berlín. En Metz, combina su vida profesional con el compromiso cristiano en la Unión Popular Católica Lorenésa de Chanoine Collin, quien lo prepara a entrar después de la guerra, diputado en contra de su voluntad, en la Unión Republicana Lorenesa. A un primo se confiesa sin rodeos: "Cuánto hubiera preferido consagrarme a mi profesión, a las obras religiosas y sociales y a mi familia". Pero jamás se esconderá de lo que le es presentado como

un deber de servir como ciudadano y cristiano, por su país y por su pueblo. En un discurso pronunciado en Metz el 13 de julio de 1924, en un momento en el que el gobierno parisino, sectario, quiere abrogar el estatuto de Alsacia-Lorena, no teme bañar de una viva luz sus compatriotas: "Buscamos introducir por etapas, y poco a poco, lo que el alma del pueblo lorenés rechaza. Quieren ahogar la vida religiosa en el país y en el pueblo [...] no podemos traicionar el alma de nuestro pueblo".

En 1924 este pueblo es el pueblo lorenés. Treinta años más tarde será el pueblo francés, cuando Robert Schuman será llamado a las más altas responsabilidades gubernamentales. Y será finalmente en 1950, por su iniciativa histórica, Europa. Solo que la patria no es la negación de la provincia natal: "Europa no es la negación de la patria", dirá el padre de Europa. Elegido por unanimidad y por aclamación presidente del Primer Parlamento Europeo el 19 de marzo de 1958 y hecho peregrino de Europa en gestación, no se cansará de compartir su convicción profunda:

No se trata de fusionar los Estados asociados, de crear un super-estado. Nuestros Estados europeos son una realidad histórica. Sería psicológicamente imposible hacerlos desaparecer. Su diversidad es incluso feliz, y no queremos nivelarlos ni igualarlos. La política europea, en nuestro espíritu, no es absolutamente contradictoria con el ideal patriótico de cada uno de nosotros. Todos los países europeos han sido moldeados por la civilización cristiana. Es ésta el alma de Europa que hay que hacer revivir. Que esta idea de una Europa reconciliada, unida y fuerte, sea a partir de ahora la palabra clave para las nuevas generaciones deseosas de servir a una humanidad por fin liberada del odio y del miedo, y que aprende, después de largos sufrimientos, la fraternidad cristiana. Europa ha dado a la humanidad su pleno esplendor. Es a ella a quien le corresponde mostrar una nueva ruta, en oposición a la esclavitud, a través de la aceptación de una pluralidad de civilizaciones en la cual cada una practicará un mismo respeto hacia los otros. No somos, no seremos jamás negadores de la patria, olvidadizos de los deberes que tenemos hacia ella. Pero por encima de cada patria reconocemos, cada vez más distintamente, la existencia de un bien común superior al interés nacional, bien común en el cual se fundan y se confunden los intereses individuales de nuestros países. En una época todo está en efervescencia hay que saber lanzarse. Intentar es mejor que resignarse, y la espera de la perfección es una mínima excusa para la inacción.

Este cristiano comprometido en política que fue Robert Schuman, lorenés, francés, europeo, realiza

6 ELGOZ, GEORGES, "Robert Schuman, o la discreción en el poder", en *Le Figaro*, 12 de enero 1987.

plenamente, mucho antes, el exigente programa que el papa Juan Pablo II nos traza en su exhortación apostólica *Christi fideles* del 30 de diciembre de 1988 sobre la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo: "Los fieles laicos no pueden absolutamente renunciar a la participación en la política, es decir a la acción multiforme, económica, social, legislativa, administrativa, cultural, que tiene por objetivo promover orgánicamente, y por las instituciones, el bien común"⁷. Porque si todo es político, la política no lo es todo para el hombre, y el cristiano comprometido con la política tiene vocación de darle un alma. La comunidad europea que nos deja como herencia Robert Schuman es una obra de paz que vuelve imposible la guerra entre países que se han entredestruido durante siglos, y prefigura, según sus propios términos, la solidaridad universal del futuro, abierta a otros pueblos.

En el combate político del que los golpes, incluso los más bajos, no lo han alejado, Robert Schuman siguió fiel a su fe cristiana. Joven abogado, se había consagrado a la infancia abandonada de los jóvenes delincuentes, trabajando benévola-mente en la Oficina de Beneficencia Messine y ejerciendo su apostolado al lado de los estudiantes. Elegido diputado, trabaja sin interrupción al servicio de su pequeña patria lorenesa para integrar, sin perder su alma, la gran patria francesa. Ministro, abre a Francia hacia Europa para unirla a Alemania en una construcción pacífica. "Es a usted -le escribirá el canciller Konrad Adenauer- a quien debemos la amistad que une nuestros dos países".

Con medio siglo de distancia, esta herencia fundadora nos abre un futuro creador. Hay que conocerse, respetarse y amarse para emprender una obra común. Construir juntos lo económico y lo político, lo social y lo cultural. Un cuerpo engrandecido llama un alma grande. Tal alma de Europa es la convicción heredada de Pericles y que es la fuente de la libertad: es la valentía. Es también el espíritu de las bienaventuranzas y del Evangelio, encarnado por san Benito de Subiaco y los hermanos eslavos Cirilo y Método, Brígida de Suecia, Catherine de Siena y Edith Stein, que Juan Pablo II nos ha dado como pa-

tronos de Europa. Los unos y los otros fueron europeos, mucho más, universales, porque como Robert Schuman, su fe católica era fuente de una cultura inspirada en el Evangelio y enraizada en el terruño. Al talento de emprender se une la paciencia de perseverar, y al brillo del creador, la tenacidad del trabajador, tan verdaderamente como el resplandor espiritual va a la par con el arraigamiento carnal. El alma de Europa no reúne partidos pero reúne espíritus y reúne a los hombres en una cultura marcada por el respeto del hombre, de todo el hombre y de todo hombre, mi prójimo, mi hermano, cuya cara, esa ventana del alma abierta al infinito, certifica una presencia y testimonia una trascendencia donde el cristiano descubre la imagen y la semejanza de Dios. "El hombre pasa infinitamente al hombre", según las palabras tan justas de Pascal, citadas por Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio* sobre el desarrollo de las naciones: "Es un humanismo pleno y que hay que promover. ¿Qué decir sino el desarrollo integral de todo y de todos los hombres? [...] Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza él mismo solamente autosuperándose"⁸. "Respeten al hombre -nos repite Juan Pablo II, el cracoviano ahora romano-, respeten al hombre: él es la imagen y la semejanza de Dios".

Y AHORA, ¿QUÉ DEBEMOS HACER?

Esa es la pregunta que nos hace el papa Juan Pablo II a la mañana siguiente del Gran Jubileo del año 2000, haciendo suya la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén después de su discurso de Pentecostés: "¿Qué debemos hacer?" (Actos, 2, 37)⁹. Ésta es la pregunta que nos hacemos hoy, meditando sobre la vida de Robert Schuman: ¿qué debemos hacer para dar un alma a Europa, nosotros, cristianos con la conciencia de que no somos los únicos para laborar en esa obra donde estamos llamados a trabajar con todos los hombres de buena voluntad, aportando, como Robert Schuman, nuestra contribución propia? Es una bella herencia que nos transmite el cristiano

7 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christi fideles laici* sobre la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, 30 de diciembre 1988, 42.

8 PABLO VI, Encíclica, *Populorum progressio*, sobre el desarrollo de los pueblos, 26 de marzo 1967, 42, con citación de PASCAL, *Pensamientos*, Ed. Brunsvieg, nº 434.

9 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, al término del Gran Jubileo del año 2000, 6 de enero 2001, 29.

Robert Schuman. Rechazando la violencia fratricida que destruye el tejido social en una espiral homicida, es a un horizonte sin frontera, a un amor sin barrera al que nos convida. Es éste un mensaje de esperanza, porque le tiene confianza al hombre que pone su fe en Dios.

El papa Juan Pablo II lo decía recibiendo el Concilio pontificio de la Cultura que acababa de crear hace veinte años:

Nuestra fe nos da la confianza en el hombre —en el hombre creado a imagen de Dios y redimido por Cristo—, que nosotros deseamos defender y amar por él mismo, conscientes de que es hombre únicamente por su cultura, es decir, su libertad, integralmente y con todas sus capacidades específicas. En su trabajo ustedes están invitados a colaborar con todos los hombres de buena voluntad; ustedes descubrirán que el espíritu del bien está misteriosamente en la obra de tantos de nuestros contemporáneos, incluso en la de algunos de los que dicen que no profesan ninguna religión, pero que buscan honestamente realizar su vocación con valentía¹⁰.

Esta es la grandeza del ideal que tenemos que cumplir después de Robert Schuman para darle un alma a Europa.

Yo lo dije en mi intervención en el sínodo de obispos por Europa, donde presenté los trabajos del Simposio de Cultura que había preparado a petición del Santo Padre¹¹: “El cristianismo ha modelado a Europa y el Evangelio ha sellado la identidad del hombre europeo de una marca indeleble”. Los europeos constituyen una comunidad enraizada en una tradición propia en la cual el Evangelio tiene una parte determinante. Su identidad cultural encuentra su fundamento y su cohesión en el *ethos* cristiano. La huella del cristianismo es tal que inclusive las rupturas que han intervenido en el curso de los siglos, a veces con reacción violenta en contra de esa tradición, se definen en definitiva con respecto al cristianismo. El ejemplo de Robert Schuman lo muestra: una política de inspiración cristiana puede suscitar la adhesión de todos los hombres de buena voluntad, cuando está conducida con el mayor respeto a las diversas familias espirituales. Para el cristiano

Robert Schuman, el cristianismo ha marcado profundamente la cultura de Europa y dirige su visión específica del hombre y de la historia, abriendo perspectivas de eternidad. El europeo lo sabe incluso confusamente: él lleva dentro una chispa divina. El mensaje de Cristo le revela que Dios es amor y que él ha sido creado a Su imagen. El patrimonio cultural europeo se caracteriza por el concepto de “persona”: el hombre se comprende, no como *algo*, sino como *alguien*, hijo de Dios y hermano de sus semejantes, libre, responsable, inteligente, amante. Esta relación única entre Dios y el hombre determina toda la vida personal y comunitaria.

En un momento crucial de su historia bimilenaria, en un momento en que profundos cambios modifican substancialmente su cara, en que los pueblos retoman conciencia de su identidad propia, en que las “uniones” forzadas, forjadas por ideologías totalitarias, se desagregan, el europeo busca con desespero sus raíces: siente intuitivamente que su identidad amenaza con escaparse, experimenta el sentimiento confuso de perder su alma. Trabajada a lo largo de los siglos de historia tormentosa, su presencia misteriosa en medio de la diversidad de las lenguas y las mentalidades encarna la casa natal donde la identidad personal y comunitaria se fortifica y se renueva; ella representa un nuevo Pentecostés por una nueva Europa de personas y de pueblos, animada por un ideal común, el que inspiró la acción de padre de Europa.

La cultura cristiana europea a menudo ha sido considerada opuesta a la modernidad. Ciertos aspectos de esta modernidad se ha constituido en contraste muy nítido con el cristianismo, y estos conflictos han dejado heridas profundas y durables en la historia. La crisis que la modernidad ha engendrado por su propio desarrollo, hoy precipitada por la caída de sistemas que se hacían los campeones contra Dios y contra la Iglesia, puede traer consecuencias para Europa y para el mundo. La modernidad ha confiscado y deformado injustamente muchos valores evangélicos, ha tergiversado muchas ideas cristianas para oponerlas a la Iglesia: creatividad científica y técnica, derechos individuales del hombre, sociales y políticos, espíritu de libertad, respeto de la interioridad, Estado de derecho, democracia, solidaridad... Estos valores nacieron en el terreno cristiano, aun

10 JUAN PABLO II, “Discurso a los miembros del Consejo Pontificio de la Cultura, 18 de enero 1983”, en *Documentación católica*, tomo LXXX, 1845, p. 148.

11 POUPARD, PAUL, *Prefacio de cristianismo y cultura en Europa, Memoria, conciencia, proyecto*. Coloquio prosinodal en el Vaticano, 28-31 de octubre 1991, Mame, 1992, pp. 9-25.

cuando luego se han reivindicado contra el cristianismo. El patrimonio cultural europeo está en capacidad de ofrecer a todos los ciudadanos de este continente una nueva alianza entre las personas, las comunidades y las naciones que lo constituyen, en la verdad y la libertad sobre el hombre, sobre el mundo, sobre Dios, cuya trascendencia ha tomado cara de hombre en Jesucristo, modelo de hombres libres.

Fuente de unidad rica en diversidad, en el humus cultural europeo, donde fecunda el genio cultural de cada pueblo que pudo desarrollar a lo largo de los siglos su historia propia, sin por eso separarse del tronco común, el cristianismo une sin uniformizar. Crea una comunidad de personas solidarias sin despersonalizarlas. El pasado reciente, como nuestra época, nos lo recuerda: el olvido de las raíces y la pérdida de la memoria pueden poner en entredicho el frágil equilibrio del continente. El armonioso mosaico de los pueblos europeos, con la variedad de sus culturas, puede estallar y desaparecer. Si las culturas nacionales son nuestra riqueza, prueba de nuestra unidad fundamental y de nuestra apertura a lo universal, el nacionalismo lleva dentro de sí el germen del fracaso¹².

Es decir que el europeo es responsable de su memoria cristiana. La interrogación urgente que el papa Juan Pablo II le lanzó a Francia en su primer viaje apostólico, durante la celebración eucarística en Bourget, el 1 de junio de 1980, "¿hija mayor de la Iglesia, eres tú fiel a las promesas de tu bautismo?, ¿Francia, hija mayor de la Iglesia y educadora de los pueblos, eres tú fiel por el bien del hombre, con la alianza con la sabiduría eterna?"¹³, es una pregunta hecha a toda Europa al comenzar del tercer milenio. Responsable de su memoria cristiana, que es parte constituyente de su identidad, el europeo, en el cruce de los caminos, puede acogerla o rechazarla, enriquecerla o tergiversarla. Al día siguiente de un siglo trágico, durablemente marcado por el nazismo y el marxismo-leninismo, el uno y el otro ateos, la ilusión ya no está de moda: Europa, del Atlántico conoce una descristianización real. Los signos de la

renovación se hacen ciertamente más numerosos, pero siguen siendo tímidos. Los pueblos que redescubren los beneficios de la libertad religiosa no están al abrigo de los perjuicios de la laicización insidiosa, portadora de secularismo. Toda Europa tiene necesidad de *salir del olvido de Dios para encontrar el centro profundo de su ser milenario*.

Sin embargo, hasta en los sitios más descristianizados *Europa conserva el sentido de la presencia de Dios*, que ha preservado su identidad profunda, amenazada por la empresa totalitaria. El Evangelio no ha ejercido una influencia ocasional o superficial sobre Europa: es su forma misma. El modeló su cara y les dio forma a sus culturas. Él las purificó, fecundó y unió en un todo característico cuya influencia continúa siendo grande sobre la escena de la historia a través de su cultura y su pensamiento filosófico. Su dinamismo profundo es probablemente para buscar en esta tensión una ventaja. Esta voluntad de pasar el horizonte inmediato, esta apertura hacia el infinito que confiere a la cultura tomada en la fuente evangélica la capacidad de asimilar corrientes filosóficas y culturales extranjeras para enriquecer su propio patrimonio. La Europa cristiana existe. Nosotros somos todos, con Cristo, sus ciudadanos.

El futuro está abierto. Todos los europeos, cristianos y no cristianos, son responsables como en el ejemplo de Robert Schuman. La unión de Europa pasa por un reconocimiento recíproco de las herencias culturales y espirituales y por el reboamiento de los malentendidos alimentados por la ignorancia y alimentados por el miedo y el resentimiento. La tarea es considerable. Robert Schuman insistía, en su intervención memorable en la Semana de los Intelectuales Católicos que ya mencioné: "Los pueblos de Europa y el continente entero tienen por vocación abrirse a lo universal". Una cultura auténtica promueve la apertura del patriotismo al otro, al respeto de las minorías, a la protección de los débiles, en sus legítimas diversidades culturales y religiosas, y a la lucha contra toda forma de nacionalismo. Después de los conflictos destructores que ensangrentaron la Europa del siglo XX, muchos países han tenido el coraje de adoptar la única vía susceptible de conducir a la paz y a la unidad: el perdón. Así, Francia y Alemania, con Robert Schuman y Konrad Adenauer; después, Alemania y Polonia, donde las Iglesias han

12 Cf. *Cristianismo e identidad nacional. Una cierta idea de Europa*, Coloquio de Kligenhal, 27-30 de mayo 1993, textos recogidos y presentados por el cardenal POUPARD, PAUL, Beauchesne, Coll. Políticas y cristianas, 1994.

13 Cf. *Francia, ¿qué haces de tu bautismo?* Todos los textos del viaje del papa a Francia, del 30 de mayo al 2 de junio 1980, Centurión, 1980, p. 142.

mostrado el camino con coraje, bajo el impulso decisivo, hace un cuarto de siglo, del joven arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła. La unión de Europa seguirá siendo una utopía mientras no se funde en el perdón entre los pueblos. Entre las grandes tareas que le esperan, la Iglesia debe favorecer la reconciliación entre los pueblos europeos y soldarlos entre ellos. La unidad de Europa no se hará sin la participación de las Iglesias. ¿Cómo hablar de perdón recíproco entre los pueblos de Europa si las iglesias no son las primeras en tomar el camino? Ahora bien: desde que la legislación opresiva del marxismo-leninismo ateo, pasó de moda y las comunidades cristianas encuentran derecho de ciudadanía en la vida pública, el escándalo de las divisiones, de las disputas, de las violencias entre cristianos, ha venido a oscurecer la alegría de la liberación. Contrariamente a una opinión difundida, la fuente de esos enfrentamientos no es en principio de orden doctrinal sino de orden cultural, como lo testifican los conflictos entre griegos católicos y católicos latinos. Si el rito es la expresión y la garantía de una identidad cultural, la herencia cultural común a todos los cristianos constituye la esfera más natural para la convergencia y la unión más estrecha entre la Iglesia ortodoxa rusa y la Iglesia católica romana.

EL PAPA JUAN PABLO II NO SE CANSA DE RECORDARNOS NUESTRA RESPONSABILIDAD

Recibiendo, hace un año, las credenciales del nuevo embajador ante la Santa Sede, Pierre Morel, el Papa evocaba el papel esencial de Francia en la aventura europea y su parte notable en la herencia humanista, una de cuyas características es extraer sus raíces de su larga historia cristiana:

Cómo no mencionar el aporte decisivo de los valores del cual es portador el cristianismo, quien ha contribuido y contribuye todavía a modelar la cultura y el humanismo y de los cuales Europa está legítimamente orgullosa y sin los cuales uno no puede comprender su identidad más profunda [...] lejos de constituir una amenaza para la vida social, las fuerzas religiosas son una suerte para la vida en común¹⁴.

14 JUAN PABLO II, Discurso al señor Pierre Morel, Embajador de Francia ante la Santa Sede, el 27 de junio de 2002, en *Documentación católica*, tomo XCIX, 2274, pp. 656-657.

El ejemplo de Robert Schuman lo muestra de manera elocuente: él supo encarnar los valores evangélicos en su vida política y sacar la inspiración de su compromiso público. Pudo hacerlo gracias a una auténtica educación cristiana, alimentada por la palabra de Dios, luz de vida, y por los sacramentos de la fe, recibidos en la iglesia.

Nuestra cultura está encallada en la infinita posibilidad de opciones, con la ausencia de toda referencia objetiva. Ella llama, en respuesta a la necesidad absoluta del hombre, a testigos que den testimonio de que la Verdad no es facultativa ni la Moralidad anacrónica. Es el camino de la santidad. Juan Pablo II nos recuerda que las vías son múltiples y adaptadas a la vocación de cada uno, como lo muestra el ejemplo de Robert Schuman. Si los santos no fueron el todo de nuestra historia, fueron la mejor parte. Los valores religiosos, morales, culturales y sociales que constituyen el patrimonio europeo nos han llegado gracias a los santos que hicieron a Europa. "Es tiempo de proponer de nuevo a todos, con convicción, este alto grado de vida cristiana ordinaria"¹⁵. Los santos de nuestra historia son la prueba de la vitalidad de la Iglesia y de la fuerza inaudita del Evangelio. La cultura europea se transformó en una parte notable de la civilización mundial. El futuro de Europa y del mundo depende de la espiritualidad que los cristianos sepan ofrecer al hombre de hoy, para responder a sus aspiraciones y a sus necesidades, identificar las causas de sus errores y remediarlos, tarea entre las más urgentes a la llegada del tercer milenio.

Es nuestra tarea de hoy afirmar con simplicidad y coraje su identidad y presentar en toda su frescura y su novedad el sentido cristiano de la verdad y de la realidad contra todo escepticismo y relativismo reductores. Frente a la pérdida de los valores comunes, la desaparición de referencias colectivas, el aumento del escepticismo en política y la crisis de la educación, escuchemos el grito de los jóvenes europeos, el llamado del macedonio al apóstol Pablo: "*βοηθησον ημιν!*", ("ven y sálvanos")¹⁶. Los espíritus, más maleables y permeables, de los jóvenes están particularmente expuestos a las amenazas que

15 *Novo millennio ineunte*, op. cit., 31.

16 Actos, 16, 9.

dejan la laicización y el poscomunismo, donde la realización a cualquier precio del individuo, tomado como valor supremo, se identifica con la felicidad, cuya búsqueda exaspera. El educador que transmite la verdad como una parte fundamental de su propia identidad es capaz de despertar jóvenes libertades al compromiso personal de una conciencia responsable. Él prepara así a quienes, como Robert Schuman, serán capaces de tomar posición en los debates de los hombres para iluminarlos por medio de los valores evangélicos. Europa entera carece de esperanza: es la consecuencia de la desaparición de las falsas grandes causas, de la proliferación de las sectas, sobre todo de las que acentúan su carácter escatológico. No puede haber cultura cristiana auténtica que la borre. Nosotros vivimos en este mundo, pero no somos de este mundo, llamados como estamos a convertirnos plenamente en ciudadanos de un mundo nuevo. El anuncio de las bienaventuranzas abre un camino de esperanza, invita a la libertad y a la responsabilidad, en una cultura mentirosa que promueve una libertad total, sin trabas ni responsabilidad. Solamente la educación para la libertad responsable puede preparar a los jóvenes para que sean plenamente hombres.

El papa Juan Pablo II no deja de dirigirnos este llamado desde el comienzo de su pontificado. La historia de la formación de las naciones europeas va de la mano con su evangelización y la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo. Es en él donde se encuentran las raíces comunes de su cultura, y en estos valores igualmente cristianos y humanos: la dignidad de la persona, el sentimiento profundo de la justicia y de la libertad, el empeño en el trabajo, el espíritu de iniciativa, el amor a la familia, el respeto por la vida, la tolerancia y el deseo de paz.

El padre de Europa, Robert Schuman, habría amado este lenguaje que honró toda su vida de cristiano comprometido en política:

Hay que recordar a los cristianos de hoy y a su responsabilidad común hacia Europa e inculcarles un nuevo valor (ánimo) con el objetivo de un compromiso de sacrificio por la paz y la justicia, los derechos humanos y la solidaridad entre los pueblos [...] tengan el valor y la fuerza, que provienen de nuestra responsabilidad cristiana, de comprometerse incluso con la política y la vida pública, por el bien del hombre y de la sociedad en su país y más allá de las fronteras. En la cruz se encuentra la esperanza de una renovación cristiana de Europa, pero con la condición de que los cristianos mismos tomen en serio el mensaje de la cruz. Cruz quiere decir: no existe naufragio sin esperanza, oscuridad sin estrella; ninguna tempestad carece de un puerto seguro. Cruz quiere decir: el amor no conoce límites. Comienza con tu prójimo, pero no olvides que está lejos. Cruz quiere decir: Dios es más grande que nosotros los hombres, Él es la salvación, aún en el más grande fracaso. La vida es más fuerte que la muerte¹⁷.

La Cuarta conferencia de Ministros Europeos de Relaciones Culturales, donde yo representé a la Santa Sede en mayo de 1984 en Berlín, en su declaración europea sobre los objetivos culturales reserva con mucha razón todo su espacio a los valores espirituales y religiosos en el dinamismo cultural de Europa¹⁸. No lo olvidemos cuando se prepara una Carta para Europa, católica por convicción más que por tradición. El Evangelio ha iluminado la existencia de Robert Schuman; además aclaró su acción política al servicio de Francia y de Europa. Él nos lo dice con su firme convicción, que provoca nuestra adhesión: "La democracia debe su existencia al cristianismo. Ella nació el día en el que el hombre fue llamado a realizar en su vida temporal la dignidad de la persona en su libertad individual, en el respeto de los derechos de cada uno, en la práctica del amor maternal con respecto a todos. Jamás, antes de Cristo, tales ideas habían sido formuladas. Europa debe hacerse un alma".

Tal es nuestra tarea siguiendo el ejemplo de Robert Schuman, al comienzo del tercer milenio. ■

17 JUAN PABLO II en Viena, el 10 de septiembre de 1983, citado por POUPARD, PAUL en *La herencia de la cultura europea en la conciencia de los contemporáneos*, op. cit., p. 10.

18 Cf. "Intervención de monseñor Poupard en la Conferencia de Ministros Europeos de Relaciones Culturales" y "Declaración europea sobre los objetivos culturales", en Berlín, 25 de mayo de 1984, en *Documentación católica*, t. LXXXI, 1984, pp. 760-763.